

Guerra y cultura

José Ramón Fontán

En este artículo reflexionaremos sobre lo que hay en común entre estos dos conceptos tan masivamente propagados, quizá por ello tan sometidos a confusión y malentendido; y quiero hacerlo al hilo de dos libros de reciente publicación en castellano¹, sobre los que haré un breve comentario.

El mito de Armagedón y la ilusión del fin de la historia

El escritor Michael Walzer expone en su libro las ideas sobre la teoría de la guerra justa, es decir aquéllos argumentos que sirven para justificar las acciones que derivan de comenzar una guerra (*ius ad bellum*), de continuarla (*ius in bellum*), y de finalizarla (*ius post bellum*, que incluye acuerdos de paz, del fin de la guerra y de la reconstrucción de postguerra).

A este respecto es sabido que la justificación moral de la guerra sólo puede partir, con propiedad, de quienes la organizan, instigan, desatan o sostienen; aquí no debería haber gran confusión; cuando, sin embargo, la hay debido a la ignorancia y a la opinión individual (ese «decir algo» sin reflexión ni razonamiento), que paradójicamente está sustentada por los agentes que conforman la llamada opinión pública. Los representantes del poder en el Estado siempre han justificado sus contiendas, independientemente de que tuvieran políticamente razón o no de hacerlo, porque tienen medios de propagación para ello; y principalmente porque no son instituciones instaladas con permiso de nadie, sino de forma autolegitimada (por eso se las estudia como modelos de dominación pública²).

Walzer hace primero una crítica a las teorías rivales de la justificación de la guerra (realismo, pacifismo y utilitarismo). Critica el realismo por su

¹ Guerras Justas e Injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos, de Michael Walzer, 448 pp. (Traducido por T. Fernández Aúz y Beatriz Eguibar), Paidós, Barcelona 2001; y Cultura. La versión de los antropólogos, de Adam Kuper, 299 pp. (traducido por Albert Roca) Paidós, Barcelona 2001.

² Esta denominación es de dos politólogos conocidos: consultar la Introducción a la Ciencia Política, de W. Abendroth y Kurt Lenk, Anagrama, Barcelona, 1971.

negativa a justificar moralmente la conducta de los Estados en las relaciones internacionales, pero eso no sólo es inconsistente con la teoría sino con la práctica habitual de tales Estados. Y no obstante la reflexión de Walzer en su libro (escrito en 1997), le leemos en un artículo reciente dar la alerta a todas las gentes, dado que el mayor peligro que nos acecha hoy día emana de los propios Estados³. Esta afirmación sería casi una perogrullada sin mérito si no fuera porque desde 1960 a 1980, con el Estado de Bienestar, se nos ha venido inculcando una idea errónea que tiende a ver al Estado como una especie de ente protector, más que como la autoridad competente que fue al menos desde el nacimiento del Estado moderno. No podemos olvidar que el verdadero Estado del Bienestar propiamente se dio sólo en algunas áreas muy industrializadas del mundo y en países de constitución democrática, y por poco tiempo, en lugares como Escandinavia y Europa Noroccidental.

En cuanto a la noviolencia abre Walzer una interesante pero muy limitada, crítica al pacifismo: «El sueño de una guerra que acabe con la guerra, el mito de Armagedón (la última batalla), la visión del león que reposa junto al cordero [...] Esa época no llegará, o eso es lo que nos han dicho, mientras las fuerzas del mal no hayan sido definitivamente destruidas y mientras la humanidad no se haya librado para siempre del afán de conquista y dominación. En nuestros mitos y visiones, el fin de la guerra es también el fin de la historia del mundo»⁴.

Efectivamente no son evidentes ni el fin de la historia (Fukuyama) ni el fin de las ideologías (Daniel Bell), ideas en voga no hace tanto tiempo atrás. Todo fue más bien una ilusión del fin, una ilusión de huelga de acontecimientos, o fin de lo político. «Que la historia hubiera concluido no sería tan malo, lo peor es que la historia, y también Occidente, siguen desarrollándose de forma cansina y fastidiosa tras su defunción; prácticamente de la misma manera que las uñas y los cabellos continúan creciendo después de la muerte»⁵.

Carrera tecnológica, manipulación mediática y malestar cultural

El desarrollo histórico condujo pues a un progreso muy distinto del prometido, de avances sociales que mejorasen lo que afecta al bien común, a

³ Para leerle textualmente, hay que consultar la revista Claves de Razón Práctica nº 117, de noviembre de 2001, pag. 4.

⁴ M. Walzer, *op. cit.*, en «Post Scriptum», pp. 432 y ss.

⁵ La Ilusión del fin, de Jean Baudrillard, Anagrama, Barcelona 1993.

lo público (que no es ni lo privado ni lo estatal). Nos trajo la prisa y la velocidad, un continuo rodar de un lado a otro, idéntico a la multiplicación del capital (que lo hace para que le salgan las cuentas a sí mismo, para que la rueda gire). Producción de mucha basura y sustitutos de las cosas buenas para igualar el nivel de saturación (más que satisfacción) de la población. Las afueras y los suburbios de dentro mismo de los países desarrollados son como los restos que quedan tras el banquete; todo queda alterado en su realidad misma por esa relación del «progreso» con la miseria.

El debate acerca de lo que han traído el progreso y su doctrina, se da con diversas etiquetas en todas las ciencias sociales⁶. Así ocurre, por ejemplo entre los antropólogos y etnólogos, evolucionistas y relativistas (re-etiquetados en los años sesenta como ecología cultural y antropología simbólica), que se ocupan de la cultura. La posguerra mundial generalizó el modelo americano con el desarrollo acelerado de la industria cultural; y la reconstrucción europea fue el pilar fundamental (era parte de ese *ius post bellum*) que desató el progreso tecnológico del siglo XX. El primer gran empujón lo habían dado las guerras mundiales y la militarización y movilización forzada de la economía civil hacia la industria militar que trajeron consigo. La cultura de masas se extiende mientras la disuasión política se sostiene a dúo por USA y la URSS (los que se opongan serán señalados como comunistas o como capitalistas y burgueses, según el lugar). La imposición del modelo será más sutil en unos lugares que en otros⁷.

Volviendo a la justificación de la guerra, y acerca de los excesos que conlleva el cálculo utilitarista, es necesario recordar a Walzer que Jeremy Bentham (1748-1832), padre del utilitarismo, resulta bastante distante en el tiempo, y no es el mejor ejemplo del cálculo economicista llevado al extremo. Es una omisión significativa no acordarse sin embargo de la Escuela de Chicago, o de la Escuela de las Expectativas Racionales y su Nueva Macroeconomía Clásica (inspiradores de la *Realpolitik* de Reagan y Thatcher), que aún siguen siendo teorías muy influyentes en el mundo actual. El tipo de argumentaciones que exponen en sus modelos económicos ha influido drásticamente en los acontecimientos políticos al menos desde 1973 hasta hoy: desde el desmantelamiento del efímero Estado del Bienes-

⁶ En ese sentido «los teóricos latinoamericanos de la dependencia defendían que el imperia- lismo se había convertido en el pilar fundamental del sistema capitalista, proporcionando a las multinacionales un proletariado remoto que podían explotar sin restricciones[...] las ciencias sociales eran los instrumentos de Wall Street y del Pentágono. La antropología se había convertido en la criada del colonialismo» Véase A. Kuper (op.cit) p.236.

⁷ Para profundizar en esto, consultar una traducción de *One-dimensional man*, de Herbert Marcuse, Beacon Press, Boston, 1954.

tar y la vuelta progresiva a la concepción clásica del Estado⁸, hasta el desarrollo del mercado de opciones o futuros, o los cálculos de lo que vale la vida de un hombre. La reducción a dinero y cifra de las gentes, sirve para calcular los costes de acciones de guerra, por ejemplo; y para otros fines por el estilo: todos dentro del terreno de la multiplicación del dinero. Sorprende que haya quienes esto lo vean como algo «natural» sin más.

Esta actuación desde el Estado enlaza con la acción masmediática que se encarga de avivar la fe en la prosperidad de la tecnología punta, la acumulación de poder y dinero (con esos canturreos continuos de cifras milmillonarias que resuenan en su repetición hasta convertirse en tema cotidiano de conversación), que parecen servir para hacer más cortas algunas guerras y más duradera la paz actual. Esa es la tendencia de las grandes cadenas de televisión: cubrir las guerras culturalmente emblemáticas, en las que son las cifras las que realmente cuentan⁹.

Lo medios de formación de masas (televisión, radio, internet y prensa) son los que hoy segregan mayoritariamente la doxa o doctrina que plantea los problemas reduciéndolos a una elección (así lo plantean los hombres de negocios y los programas electorales) consistente en elegir siempre el mal menor. La necesidad de blanqueo de la historia, de deglutir todos los acontecimientos significantes del siglo XX y reescribirlos, ha ocupado la última decena del milenio en dichos medios. Por tanto, la cuestión de cuándo las guerras, o las intervenciones militares o humanitarias son justas o injustas es, de entrada, reduccionista (esto sin pararnos en el embrollo que plantea la densidad del tema) y no se pueden pretender solucionar con una novedad editorial. Además no es el objeto de este artículo. Por otra parte, parece muy miope pronunciarse a favor: «Es evidente que los ataques sobre Afganistán forman parte de una guerra, a saber: representan la vertiente militar de una lucha mucho más amplia [...] La guerra contra los terroristas en Afganistán está, a mi parecer, plenamente justificada por lo que respecta a su causa. Si será o no justa en su desarrollo es algo que aún queda por ver»¹⁰. Esta aseveración contrasta con esta otra suya: «Es necesario exami-

⁸ Las funciones apuntadas por los clásicos eran tres: la defensa del enemigo exterior (mantenimiento del ejército), la defensa del orden interno (por medio de la policía), y el apoyo de las inversiones consideradas esenciales por el Estado (la subvención de la gran industria).

⁹ Durante la guerra civil americana (1865) el telégrafo podía transmitir 30 palabras por minuto, y eran necesarios 38.830 soldados para cubrir un campo de batalla de 10 km cuadrados. En la segunda guerra mundial el teletipo transmitía 66 palabras/minuto y bastaban 360 soldados para ocupar la misma extensión de tierra. Durante la Guerra del Golfo (1991) el ordenador transmitía 192.000 palabras por minuto y con 23,4 soldados se dominaba un «frente» de 10 km cuadrados. Fuente: «Des plates-formes spatiales à la guerre électronique» de Maurice Najman, *Le Monde Diplomatique*, Février 1998, pp.4-5.

¹⁰ Entrevistae a Michael Walzer, *La Vanguardia* (digital), 19/10/01